

La arquitectura ausente

Selección de poemas inéditos de Diego Muzzio,
correspondientes a su libro de próxima aparición
Los lugares donde dormimos

Diego Ignacio Muzzio nació en Buenos Aires en 1969 y vivió en Francia entre 2004 y 2014. Cursó estudios de Letras en la Universidad Nacional de Buenos Aires y asistió durante más de una década al taller literario dictado por Daniel Arias. En 1991 publicó su primer libro de poemas, *El hueso del ojo*, y obtuvo por el segundo, *Sheol Sheol*, el Primer Premio de Poesía del Fondo Nacional de las Artes (1997). Además de escribir poesía (*Gabatha*, Premio Hispanoamericano de Poesía Sor Juana Inés de la Cruz, 2000; *Hieronymus Bosch*, Segundo Premio de Poesía del Fondo Nacional de las Artes, 2005; *El sistema defensivo de los muertos*, 2011) y de ofrecer recitales de poesía, ha publicado ensayos y libros de narrativa para adultxs (*Mockba*, 2007; *Las esferas invisibles*, 2015; *Doscientos canguros*, 2015) y para chicxs (*La asombrosa sombra del pez limón*, 2005; *Un tren hacia ya casi casi es Navidad*, 2008; *Galería universal de malhechores*, 2010; *El faro del capitán Blum*, 2010; *Ursula, domadora de ogros*, 2015; *La guerra de los chefs*, 2016). En 2010, formó parte de la selección *White Raven* de la Biblioteca Juvenil de Múnich y fue destacado por la Asociación de Literatura infantil y juvenil de la Argentina (ALIJA).

Quienes hacemos *Ideas*, revista de filosofía moderna y contemporánea formamos parte de un amplio colectivo que trabaja acuñando palabras, calibrando las frases, urdiendo textos. Según estas imágenes, el lenguaje es moneda, máquina, trama. Pero en ese caso, ¿qué adquirimos con semejante moneda? ¿Qué produce la máquina, a quién envuelve el tejido que con amor y miedo acicalamos? ¿Para qué o para quién escribir, por qué hacerlo del modo en que lo hacemos y no de otro?

Sabemos, por el canon histórico de nuestra formación, que la poesía y la filosofía de occidente nacen como dos extrañas gemelas: inseparables e imposibles. La formalización de los saberes parece condenarlas a la separación, en nombre del rigor y la seriedad de la labor académica. Sin embargo, filosofía y poesía comparten el vértigo que las acerca al infinito y las empuja a zambullirse; la perplejidad de no saber si regresar es posible o deseable; y, sobre todo, el trabajo desesperado para sostener la forma exacta de las palabras, para construir y retener con ellas las coordenadas del punto en que el pensamiento y el afecto se encuentran (el lugar sin mapa y el tiempo sin reloj del acontecimiento).

Se trata, pues, de una cuestión de *Márgenes*: los márgenes compartidos de la filosofía y la poesía, el juego de la membrana siempre móvil. En esta ocasión, ofrecemos poemas inéditos de Diego Muzzio, a quien agradecemos su generosidad y su confianza en nuestra revista. La escritura poética de Muzzio nos expone a preocupaciones y desvelos que son también los del filósofo: expresar lo abismal y evanescente de un pasaje cotidiano; habitar la singularidad, comprenderla en sí sin abandonar el propio cuerpo; retener una variación de lo infinito, como el paso de un ciervo o la sombra de un lobo; y, especialmente, *organizar la arquitectura*. Si el lenguaje puede ser moneda, máquina y trama, en estos poemas es una edificación trabajosa, que señala el permanente riesgo de derrumbamiento. Un piso movedizo e inescapable, un techo que está al caer (y afuera

llueve). En su devenir arquitectura, los poemas de Muzzio reflexionan, también, sobre lo que implica el acto mismo de hacer poesía. Las preguntas se repiten entonces en su diferencia: ¿Para qué o para quién escribir? ¿A quién cubrir con la tela del amor y del miedo? ¿Volveré a este lugar? ¿Qué produce la máquina? *¿Cómo explicarle a mi hijo que tantas cosas dependen de la filosofía?*

Predilección por las cosas pequeñas

Esta mañana, después de un invierno demasiado prolongado, mi hijo y yo salimos a pasear por el bosque. Él iba cantando y juntando ramitas, hollando apenas las hojas mientras yo pensaba en los años que había pasado sin escribir poesía, enterrado en la prosa de ser padre. De pronto, mi hijo se detuvo y gritó: *¡papá, un perro, un perro!* Al levantar los ojos, vi un pequeño ciervo huyendo sobre el sendero, entre los árboles. Si la arquitectura de su fuga se desmoronara, y al final del día sólo me quedara el silencio tumultuoso de su paso, el agua del tiempo inclinada hacia la noche: ¿Regresará mañana? ¿Encontraré en mi sueño el movimiento capaz de retenerlo? ¿Cómo explicarle a mi hijo que tantas cosas dependen de un poema?

Java

El vapor que se eleva de la taza sugiere el contorno de archipiélagos donde la lluvia doblega la verde penumbra de una selva. Y después, sobre la playa, ves avanzar una familia de tortugas, y más tarde apenas los caparzones vacíos, útiles aún para ocultar a los peces más pequeños de las fauces de depredadores mayores. Y los mismos pensamientos vuelven con el refluo turbio de la marea: el azar que te permite estar sentado, imaginar viajes improbables como morir unos minutos para descender a dispersar el denso cardumen cebado en tu costado. Y si al regresar lo harías al mismo lugar, bajo las mismas condiciones, y cuánto de tu vida estarías dispuesto a resignar por el dudoso privilegio de nadar en esas aguas; si al retornar encontraras que ciertos objetos o incluso tu cuerpo cambiaron y tu mano ya no sostiene una taza y tu mano es sólo el dorso de tu mano acoplado a una mandíbula. La luz no pacta con la oscuridad y es necesario encontrar una estrategia que te permita atravesar la longitud del día, segregarse un caparazón, otro cielo bajo el cielo, prevalecer un tiempo sobre el agua que aguarda la caída y dispersión de tu precaria arquitectura.

Ventanas iluminadas

Abre los ojos. Su mano cae sobre los libros apilados junto a la cama, toma uno al azar y lee un poema: es como abrir una ventana en una casa desconocida, a la que llegamos por la noche, perdidos, empapados por la lluvia. Aún somnoliento, su cerebro organiza el trabajo: ¿puede aprovechar algo de sus sueños? El asno cayendo de lo alto de la montaña o aquella voz en la oscuridad: “la muerte es una silla en una habitación vacía”. Escribe. Corrige. Vuelve a escribir. La tarde despliega la pregunta de siempre y, al anochecer, cree encontrar una respuesta en otro libro abierto al azar: *debo escribir poemas, la más fatigante de las ocupaciones.* Enciende la luz. Se acerca a la ventana. Otras luces resplandecen a lo lejos, entre las copas de los árboles. Algunas permanecerán encendidas hasta la madrugada.

Lupus

Todo perro es un error, lobo envilecido; al *canis lupus* se agrega *familiaris*, y el peso de su degradación reposa en esa última palabra: apéndice óseo como un feto de fauno. Un tejido detrás de la retina –*tapetum lucidum*–, permite a los lobos cazar tanto de día como de noche, ver el óbolo en el lodo, andar sobre el perplejo espejo de las sombras. No se postran ante el gong del amo, ni temen al relámpago que divide la tiniebla. Si tuviera que elegir o soñar, ordeñar un milagro de Luperca, opto por el lobo: olfatear al halcón en el viento, al salmón en la corriente, emancipado de mi propio perro racional, nada familiar a lo que estar atado.

Los lugares donde dormimos

Los muertos se amontonan a mirarnos
en la noche dentro de otra noche oblicua, inclinada.
Los oigo hurgar como topos, murmurar
las últimas palabras que en vida pronunciaron,
en distinto orden. Pero si siembra la sombra su sueño
en los lugares donde dormimos y aun así soñamos,
si ellos, los muertos, veloces como nubes o altísimos incendios
se internaran laterales en la ola:
¿no habrá una forma de organizar esa arquitectura ausente,
alguna manera de ordenar las palabras?
Escucho el tren, en la madrugada, cuando nadie
ha despertado aún. Viene de lejos, de mi infancia,
cargado de caballos mojados y libros amarillos.
Esta es tu casa; éste, tu cuerpo.
Aquí mora tu espíritu.